

Menores encarcelados

¡HELP!

Pesadilla que viven miles de menores en prisiones de adultos donde de rehabilitación nada hay. La construcción de un nuevo «centro» de reclusión en San Bernardo abrió otra polémica.

Las líneas horizontales de la televisión se funden con aquellas de los manoseados barrotes que dan forma al agobiante y esquizofrénico ambiente de la cárcel.

La televisión aborta el sofocante día y mantiene tranquilos, en recintos reducidos, a los 140 menores que viven el infierno penal del Centro de Detención Preventivo de Puente Alto.

El lenguaje empleado por los desafortunados es difícil de codificar, y sus movimientos son rápidos porque la agilidad es un requisito de sobrevivencia detrás de los muros.

Las celdas son similares a las de los pabellones de los hospitales siquiátricos. Sólo camarotes en filas y en un rincón colchones de espuma donde se sueña poner fin a esa odisea que muy pocos se imaginan.

La comunicación con los adultos, a pesar de estar separados en distintas torres, se establece igual a través de códigos subterráneos, prendas colgadas en las ventanas y, si no, es algo que deben escuchar los gendarmes, a viva voz de una torre a otra. Muy pocos son los que se inscriben en los talleres de macramé o pintura. Prefieren «cursos» más rentables dictados por los maestros que llevan diez años y un día en prisión.

El encierro destapa los escondidos instintos y la carencia de actividad ayuda a que éstas se desarrollen en ese medio hostil y abrumador.

«Cuando llegué estaba muy asustado. Sabía lo que ocurría en la cana, pero nunca me imaginé que me iba a tocar a mí». Violado por todos sus compañeros de celda, este adolescente, a quien no es necesario identificar, cuenta su fatídica estadía que no olvidará jamás. «Lo primero que me pidieron fue que les entregara la polera *Jim Morrison*. Luego, cuando me la saqué, les gustó el *blue jeans*. No se los quise pasar. Entonces, uno de ellos se bajó *al tiro* los pantalones y los demás me sujetaron...»

La violación es el comienzo del calvario en estos recintos y todo primerizo debe pagar el noviciado, para después de esa brutal experiencia entrar al engranaje carcelario desde donde no es fácil salir.

Lo que suceda al interior de los cuatro colectivos (habitaciones con capacidad para 40 reclusos) es problema de cada uno. Esa es la regla, a menos que haya intento de fuga. Sus guardianes, a las 6 de la tarde, cierran los calabozos y durante 14 horas los menores están encerrados, inventando actividades hasta quedarse dormidos.

MACABRA FIGURA

El recreo de los menores en la torre 3 no dura mucho, ya que permanencen allí mientras se decide si son encargados reos. Si así sucede, la torre 4 se convierte en el comienzo de la peregrinación por distintas «escuelas» que los irá dotando del conocimiento necesario para finalmente mejorar sus cualidades en el delito. Su destino está escrito.

Más aún considerando la jurisprudencia chilena, distinta de la de todos los países del mundo, en la que existe la figura de discernimiento, resquicio legal que permite aplicar sanciones a menores

de 18 años, pese a que el Código Penal establece la inimputabilidad a niños y jóvenes.

Para determinar si el menor actuó con discernimiento o no, se deben aplicar exámenes sicológicos y sociales, pero finalmente esta arbitraria decisión la toma un solo hombre: el juez. De allí que sea importantísimo acabar con dicha figura si realmente se quiere combatir la delincuencia y respetar los derechos de los menores. La palabra la tienen ahora los parlamentarios, porque en la Cámara se estudia un proyecto que podría poner fin a este macabro subterfugio.

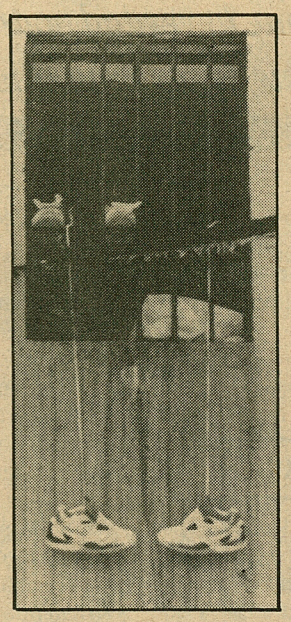
Rodrigo Quintana, jefe jurídico del Servicio Nacional de Menores (Sename), espera que la norma institucional también llegue a este país moderno.

Mientras, la pesadilla colectiva de niños y jóvenes sigue atrapando más mentes que, aunque no lo deseen, quedarán estigmadas por aquella espantosa estadía.

POLEMICA POR UNA ESPERANZA

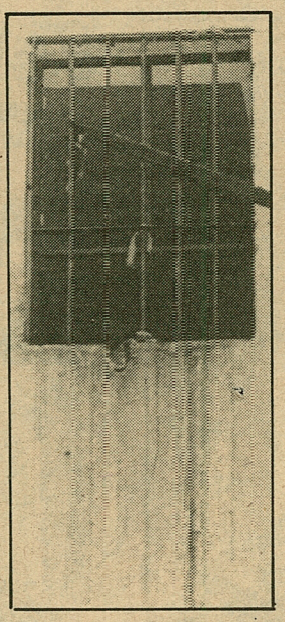
Alexis Riquelme lleva recién unas cuantas semanas en la cárcel de Puente Alto, pero cada día le parece un año. «Lo único que espero es salir antes de Pascua. Mis viejos se han movido harto y ojalá me vaya hoy mismo de aquí». Está acusado de robar en un motel donde trabajó por varios meses hasta que decidió abandonarlo porque perjudicaba sus estudios. «Es una tremenda injusticia que yo esté acá. Se lo he dicho a todos, pero nadie me cree».

Tampoco le creen al director metropolitano del Sename, **Reinaldo Bravo**, quien ha sostenido en reiteradas ocasiones que el Centro de Observación y Diagnóstico (COD) que a partir del próximo año comenzará a construirse en San Bernardo, sólo albergará a 120 jóvenes entre 14 y 18 años. Versión que ha sido cuestionada por la cantidad de metros cuadrados que tiene contemplado. «Que sean 9.6 héctareas para que exista realmente rehabilitación de menores es lo que asusta a algunas personas. Pero como ya lo hemos dicho, de todas formas el centro será construido por una necesidad imperiosa de trasladar a los jóvenes que se encuentran conviviendo diriamente con reclusos adultos en la cárcel de Puente Alto».

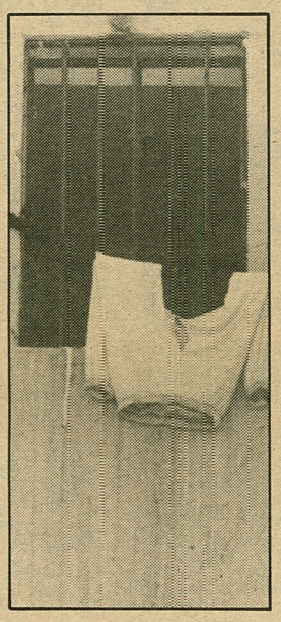


Su construcción suscitó una gra polémica en estas últimas semanas. El diputado **Pablo Longueira** (UDI) está por realizar una consulta comunal en ese poblado para apoyar o rechazar la edificación, aduciendo que es la comunidad la que debe manifestarse. Campaña respaldada por una entidad denominada Junta de Adelantos presidida por Gabriel Corcuera.

Por otra parte, la iniciativa que podría sacar del infierno a los menores que viven en la cárcel ha sido respaldada por el diputado (DC) **Andrés Aylwin**. «Qué daño podría haber con este centro, si estará a más de 8 kilómetros de la plaza de San Bernardo. Yo no sé con qué moral algunas personas dicen que se debe combatir la delincuencia, mientras se oponen a sacar a niños de las prisiones de adultos. Ellos con su actitud están siendo responsables que mañana los menores sean criminales».



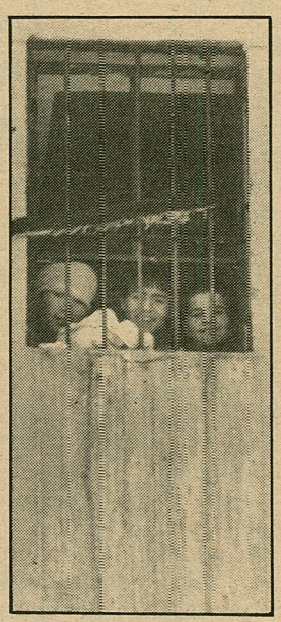
El gobierno ha sido catégorico y la última palabra ya está dicha: el centro se construirá, pues se inscribe en la actual política del Sename de privilegiar la atención de menores en un medio con mayores libertades. Política que rechaza, a la vez, el encarcelamiento de niños, salvo en casos estrictamente necesarios. Una muestra de ello es que en la Región Metropolitana los internados son 234, en tanto mil 125 están con libertad vigilada.



No es el caso de **Víctor González**, 16 años, quien lleva varios meses en la torre 3 de Puente Alto, en espera de un cupo en algún centro de rehabilitación. Trabajaba en el Hipódromo desde los 8 años, hasta cuando fue detenido por haber participado en un homicidio. «Aparte de estar echado en la cama, no me gusta hacer nada. En lo único que me entretengo es viendo *Fácil de amar*. Mi mamá no me viene a ver nunca».

Esta situación se repite por montones. Sus familiares los abandonan en las cárceles y los días de visita no les queda más que pasearse por el patio.

Por ello, «se deben buscar otras alternativas que de verdad puedan sacarlos de la delincuencia y la drogadicción, enfrentando estos problemas sociales en forma seria y no desechando a los menores como actualmente se hace», afirma **Flora Andrade**, presidenta de la sección chilena de Defensa de los Niños Internacionales.



RENCUENTRO EN AHUMADA

Juan Carlos Gallardo, estudiante de teatro, durante un par de meses, realizó ejercicios de actuación en la cárcel de Puente Alto. «Siempre nos vigilaba un gendarme mientras duraba la clase. Los interesados fluctuaban entre ocho o diez, dependiendo de si estaban muy aburridos en la torre. Afortunadamente, teníamos las sesiones en la escuela, entonces entre quedarse y salir, ellos no dudaban».

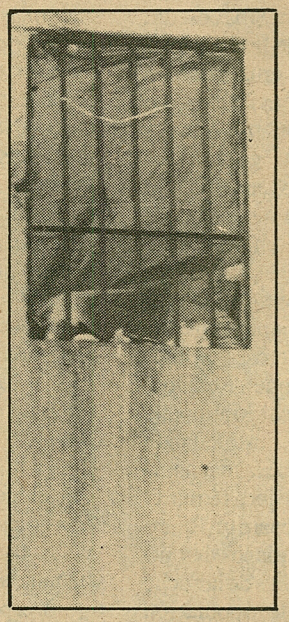
Después de finalizar el curso, no los volvió a ver hasta cuando se encontró inesperadamente con dos de ellos en pleno paseo Ahumada. «Les pregunté qué andaban haciendo en ese momento y me mostraron una chaqueta de cuero que ya habían conseguido».

Es claro, la «rehabilitación» de la que tanto se habla no consigue sus objetivos. Sólo acrecienta el potencial delictivo de los menores que, privados de libertad, aprenden este arte.

David Díaz, profesor de serigrafía de un centro del Hogar de Cristo, adonde acuden menores derivados de los juzgados, cree que la rehabilitación es un proceso bastante más complejo de lo que se piensa. «El trabajo debe centrarse primero en hacerlos sentir que ellos son capaces de realizar otra cosa que no sea sólo delinquir. Cuando lo comprenden, recién se puede empezar el trabajo. Sin embargo, el sistema social competitivo en donde estamos insertos finalmente los impulsa a lo mismo. Es más fácil robar que fabricar una silla o estampar en papel una figura».

Es el circuito entre la calle y la cárcel que comienza a achicarse cada vez más, convirtiéndose esta última en el segundo —o a veces primer— hogar al que la mayoría regresa.

«La primera vez estuve 20 meses detenido. Ahora llevo dos meses y medio y me queda rato. Me acusan de robar un auto y, *la pulenta*, yo no lo hice. Es verdad que me muevo en la calle, pero sólo para lo necesario. El juez me tenía sangre en el ojo», lloriquea **José Martínez**, quien recientemente compuso una canción de la casete que Sename vende en los quioscos del país. Durante ese período de creación musical se le vio contento. Ahora se le acabó su incentivo y su disposición es similar a las de sus compañeros. «Qué saco con aprender pintura u otra *hueá*, si al final nunca voy a trabajar en eso».



LA PICHANGA QUE SE VOLVIO PARRANDA

Toda una peripecia fue producir *La Pichanga*, obra poética, musical y pictórica que se realizó con ocasión de la celebración de los derechos del niño.

Osvaldo Torres y Hernán Dinamarca quisieron hacer algo diferente. Por eso fueron a hablar con Nicanor Parra, pero el poeta seguía escribiendo el discurso que pronunciaría al recibir el Premio Juan Rulfo. Los productores insistieron. Parra buscaba en un baúl cosas viejas o inéditas hasta que les presentó alrededor de 80 poemas.

Después vino el grupo *Congreso*. «Les encantó la idea de mezclar distintos ritmos como el vallenato, una cueca cantada por Colombina Parra y baladas a cargo de Ramón Aguilera», dice Torres.

De ahí siguió Bororo. En ese momento el pintor se encontraba haciendo puras rayas y la idea le fascinó. «Le pasamos los poemas recitados por el mismo Parra. Se puso un *walkman*, se encerró tres semanas y salieron 12 obras», relata Torres.

La primera presentación de *La Pichanga* que, a instancias de Parra desde marzo se llamará *Parranda*, fue un éxito. Tres mil personas en la Plaza de Armas, cuatro mil en la Quinta Vergara. En marzo próximo editarán una guía metodológica para que los profes trabajen la casete junto con los niños. Otras iniciativas saldrán en el camino.

C.R.

UNA POSIBILIDAD

Atenuar los efectos de la subcultura carcelaria es el objetivo de Gendarmería, porque de rehabilitación es imposible hablar, menos en un espacio de 14 por 50 metros cuadrados donde recluyen a los menores en Puente Alto. Consciente de ello, el capitán Francisco Sandoval está de acuerdo con sacar a los jóvenes de esta prisión de adultos y llevarlos a un lugar distinto.

Igual opinión tiene el asistente social del Sename, **Humberto Valenzuela**, quien junto a sólo dos personas hace lo imposible para dignificar las vidas de los jóvenes. Rescatar aunque sea a dos de cien menores lo mantiene también encarcelado por casi todo el día y su esperanza más grande es ver construido el Centro de San Bernardo. Iniciativa que ojalá trampee el destino heredado socialmente de muchos menores.

De lo contrario, las líneas verticales de los barrotes continuarán confundiéndose con las horizontales de la televisión donde se afinan los conocimientos que en la calle no se alcanzaron a aprender.

BORIS BEZAMA